

Su cuartel de invierno

por *Norrin R.*

Gabriel Onetti repetía cada mañana viejos rituales del oficio, como ese café caliente y cigarrillo sin el que no era persona. Tomaba duchas de agua fría y se afeitaba con la pericia de parecer desafeitado. Y aunque nadie lo iba a apreciar, fuera por rutina o por vanidad, no salía al aire sin una camisa de cuello inglés y un pantalón plisado, tal vez una americana si la ocasión lo merecía o incluso corbata. Gabriel nunca había sido un hombre de planchar —ni de cualquier otra tarea doméstica, en realidad—, pero afortunadamente la estación de radio R-E01SP fue diseñada para hombres como él. Así, cada vez que abría el ropero, por un proceso mecánico-químico que le parecía mágico, encontraba siempre a punto un completo fondo de armario entre el que escoger la indumentaria adecuada para cada ocasión, ya fuera según su estado de ánimo —que, dicho sea de paso, no variaba mucho— o la noticia del día.

Ese era su trabajo: dar las noticias. Desde la estación de radio situada en una antigua zona pantanosa de lo que fue la Unión Soviética, cerca de San Petersburgo, informaba cada día a toda la galaxia —o casi, ya que los problemas de cobertura en Plutón eran de sobra conocidos— sobre memorandos gubernamentales, cuadrantes de navegación y pronósticos meteorológicos. No es que pudiera considerarse periodista —o al menos que hiciera periodismo—, pero, ciertamente, ¿qué quedaba ya del periodismo de verdad, más allá de lo que su abuelo le había contado sobre el abuelo de su abuelo?

¿Qué quedaba pues? El café caliente, los cigarrillos...

Gabriel no tenía vocación. Fue destinado allí como sucedían las cosas por aquel entonces: por nepotismo, no pocas veces camuflado de practicismo. O viceversa. Nueve generaciones atrás, su familia se había hecho un nombre en el mundillo de la prensa destapando escándalos y derrocando gobiernos; haciendo Periodismo con mayúsculas desde la trinchera. Pero aquellos fueron los últimos Onetti que conocieron la erótica del cuarto poder: poco a poco, el Dinero —también en mayúsculas— compró primero las televisiones, luego las radios, después los periódicos y más tarde la red informática global conocida como Internet. Las facultades de Periodismo cambiaron de nombre, y fueron facultades de Comunicación, Información y otros eufemismos. Los Onetti acabaron convirtiéndose en la voz de sus amos, y así, por méritos familiares, ahora Gabriel Onetti le contaba cada día a toda la galaxia lo que había que saber para que la cosa siguiera funcionando.

Allí no tenía contacto con casi nadie, pero eso no le preocupaba demasiado. Fue un chico taciturno, y de mayor conservó esa actitud de desapego por las cosas y la gente. Así que cuando le propusieron —valga la expresión— encargarse de aquella estación de radio, aceptó sin reparos, aunque también sin muestra alguna de interés. Es de justicia mencionar que acababa de perder a la única mujer a la que había amado, y que quizás el disgusto le empujó a tomar aquella decisión de manera irreflexiva. A veces aún pensaba en Oritía.

La única persona con la que mantenía relación era Mario, el técnico de mantenimiento. Si algo fallaba, Gabriel enviaba una nota encapsulada a través de un

tubo neumático. Parecía un sistema arcaico, pero sin duda efectivo: Mario siempre cruzaba la puerta al día siguiente, ataviado con su aparatoso traje de aislamiento térmico.

—Esto es más sostenible —decía el técnico cuando Gabriel le preguntaba por las posibles alternativas a aquel entramado de tuberías—. Cada mensaje que se envía a través de la red informática libera 0,2 gramos de CO₂ al aire.

Con Mario acostumbraba a mantener largas conversaciones sobre el funcionamiento de aquella instalación, diseñada para ser autosuficiente: paneles fotovoltaicos, materiales aislantes, sistemas de ventilación inteligentes... No tanto porque le interesara toda aquella jerga técnica, sino simplemente por hablar, por no perder la habilidad de conversar. Así que le dejaba hablar y él asentía o, como mucho, repetía sus palabras. A veces incluso preguntaba, pero sus preguntas resultaban incomprensibles para el técnico: Mario siempre tenía respuesta para un “qué” e incluso para un “cómo”, pero nunca para un “por qué”. Podía explicar con todo lujo de detalles cómo funcionaba el sistema de refrigeración aerotérmico de la sala de máquinas, pero cuando Gabriel le preguntaba por qué las ondas de radio no llegaban a Plutón se quedaba en blanco.

—Dicen que tiene un corazón de hielo —dijo el locutor en cierta ocasión. Mario no supo qué responder, o si acaso debía responder algo.

La “sala de máquinas” era un cuartucho donde se amontonaban los aparatos que hacían funcionar la estación de radio, todos convenientemente refrigerados a dieciocho grados gracias a un sistema que extraía la energía de la temperatura ambiental del exterior —el invierno nuclear había resultado mucho más caliente de lo previsto—. Aquellos cachivaches tenían nombres convenientemente descriptivos: enlace, transmisor de microondas, codificador RDS, emisor local de emergencia, receptor 16G... Aunque algunos mostraban etiquetas difíciles de interpretar, como el aparentemente inofensivo *audio delay synchronizer*.

—¿Por qué tenemos un *audio delay synchronizer*? —De nuevo, un porqué.

De las seis preguntas clásicas de la profesión —qué, quién, cómo, cuándo, dónde y por qué—, su preferida era el “por qué”, quizás porque a su abuelo le gustaba leerle novelas policíacas por la noche, antes de arroparlo. Y quizás de ahí, de Philip Marlowe, Sam Spade y Pepe Carvalho, le venía esa pose desencantada, fría como el acero. Una pose que lucía más para él mismo que para Mario, a quien ese tipo de cosas le traían al paio —las poses y las novelas negras—, y ya no hablemos de sus oyentes, si es que había alguno ahí fuera. Gabriel se preguntaba a veces si Mario solo existía cuando venía a hacer alguna reparación, si después se esfumaba, o, tal vez, si solo era un actor desempeñando un papel. Realmente, ¿había alguien más al otro lado? ¿Había alguien en Plutón?

Gabriel no sabía decir exactamente cuántos años llevaba encerrado ahí, radiando noticias que escribían otros o quizás una IA, quién sabe. Tenía una vaga idea, eso sí, de que había sido destinado a la estación de radio R-E01SP poco después de que se pusiera en marcha la última fase del proceso de restitución del ecosistema terrestre, lo que se conoció como plan TER por las siglas en inglés. Una iniciativa internacional para devolver a su estado original los espacios naturales agotados definitivamente tras la Tercera Guerra Euroasiática. En el 2225, el 95% de los ecosistemas de La Tierra habían colapsado, ya fuera a causa de la deforestación o de la contaminación de sus aguas, ya fuera como consecuencia de la devastación termonuclear. La primera fase del plan era tan radical como simple: erradicar la presencia humana de la superficie terrestre. Se organizaron migraciones masivas al

espacio conocido y masacres basadas en baremos socioeconómicos, también masivas. Así se relata en los libros.

La Tierra, para Gabriel, había sido siempre un puñado de fotos en libros de texto, que ya no eran tanto libros como archivos digitales ni fotos como vídeos, pero se seguían llamando *libros* y *fotos*. Una bola azul y blanca, girando sobre sí misma, acompañada de recreaciones en 3D de montañas, ríos y playas luminosas; dinosaurios, hombres, mujeres y otros animales; bicicletas, barcos, coches y aviones; chimeneas humeantes, ordenadores personales e implantes biomecánicos; guerra y paz, progreso y colapso. Pero cuando fue destinado al Planeta Azul, con apenas 22 años, se encontró una Tierra más bien beige, tirando a marrón —marrón verdusco, en el mejor de los casos—. Los gases invernadero habían vuelto el aire irrespirable, y Gabriel tenía terminantemente prohibido salir al exterior bajo ningún supuesto, incluso un supuesto peligro de muerte. Y aunque lo hubiera pretendido, tampoco hubiera podido: no tenía la llave. De hecho, ni siquiera había cerradura en la puerta. El mundo solo le era revelado a través de unos gigantescos ventanales que iluminaban con generosidad toda la estación, y que habían sido diseñados para resistir tanto lluvias ácidas como tormentas geomagnéticas —por supuesto, también un inconveniente intento de deserción—. Ciertamente, atrás habían quedado los cielos arenosos de sus primeros años allí. Parecía que el azul prometido hacía esfuerzos por imponerse, y la blanca luz del sol se colaba de vez en cuando entre las nubes. Gabriel incluso creyó ver en una ocasión una liebre atravesando el campo que se extendía tras aquellas ventanas, exactamente igual que en una *foto* de sus antiguos *libros*.

Un día, Mario cruzó la puerta sombrío. Ni mucho, ni poco; lo suficiente para que Gabriel percibiera el peso que soportaba sobre sus hombros. Preguntó, más por desconcierto que por preocupación:

—¿Sucede algo, Mario?

En un primer momento, el técnico quiso quitarle hierro al asunto, pero ante la insistencia del periodista —ni mucha, ni poca también—, se vino abajo, y dijo al fin entre sollozos:

—Es Melocotón... Me ha dejado...

Melocotón era su mujer, que en realidad no se llamaba así, pero él la llamaba así, que es lo que importa. “Mi melocotón, la fruta más preciada del mercado”, le decía a menudo, borracho de amor y otros brebajes. Acostados en la cama, aún desnudos, mientras enredaba entre sus dedos los cabellos rizados de su compañera, le cantaba en voz baja una tonadilla de su infancia que sonaba a menudo en los comerciales de la radio: “Compra melocotón, compra melocotón, compra melocotón o te doy un manotón”. Pese a tal edulcoramiento —o quizás justo por eso—, ella lo había abandonado esgrimiendo el manido argumento del “no eres tú, soy yo”. Pero la amarga realidad era que había otro hombre. Melocotón dejaba así atrás diez años de matrimonio y planes familiares eternamente pospuestos: hijos, casa y huerto propio.

—¡Melocotón, no! ¡Melocotón! —repetía entre sollozos.

Gabriel lo abrazó con torpeza, como alguien que coge un bebé que no es suyo o agarra un chuchito por primera vez. Al rato, ya apaciguados, Gabriel sacó unos tetrabriks de cerveza del refrigerador. De las novelas que le leía su abuelo —libros de verdad— había aprendido que así se ahogaban las penas. Aunque la cerveza de aquella época no llevaba alcohol, él no conocería nunca la diferencia.

—Gabriel, tengo que recuperarla. ¡Tengo que recuperarla como sea!

—Venga, Mario. Seguro que lo podéis hablar.

—¡Qué va! Si no quiere ni verme... Ni siquiera abre mis mensajes...

A Gabriel le pareció una actitud desproporcionada. “¿Ni siquiera abre sus mensajes? ¿Por qué?”. Se comenzó a preguntar si quizás Mario no estaba siendo del todo sincero; si, de aquella guerra, solo conocía la versión de un bando. Receloso, dijo, por decir:

—Si puedo hacer algo...

Y aunque así pretendía poner tierra de por medio, su intentona provocó el efecto contrario:

—Pues ahora que lo dices... —respondió Mario con cierto brillo en la mirada, como si hubiera estado esperando esa mano tendida.

Melocotón trabajaba como administrativa en una empresa de transporte de superficie, un mercado en crisis en La Tierra hacía varias generaciones, sin duda. Aunque la perspectiva de una inminente reactivación del mercado siempre estaba en el horizonte.

—Ya verás como todo se arregla... —le decía Mario cuando ella volvía a casa frustrada, soñando con una vida mejor.

Pasaba las mañanas repasando papeles que había repasado cientos de veces, acompañada solo por la voz de Gabriel en la radio y por el hilo musical que sonaba entre boletín y boletín informativo. Mario sabía que hacía eso porque todo el mundo hacía eso; no había mucho más que hacer. No existían más emisoras de radio que la gubernamental. La televisión solo emitía eternos vídeos de paisajes paradisíacos anteriores a la guerra: playas, montañas, ríos... imágenes de una Tierra prometida que tendría que volver. Tampoco había libros, claro —libros de papel—. La red de comunicaciones informáticas reconstruida en torno al plan TER estaba totalmente gestionada por el Gobierno del Sistema Solar, y las escasas novelas en formato digital que se podían encontrar, quien más quien menos las había leído en el colegio. Así que, aunque él albergaba dudas razonables, todo el mundo, en toda la galaxia, escuchaba a Gabriel —el mecanismo por el cual lo entendían tanto en La Tierra como en Plutón no tenía ningún secreto: todo el mundo dominaba el esperanto—.

Al día siguiente, Gabriel se dispuso a llevar a cabo el plan trazado por su técnico de mantenimiento. Escondido en las mangas de su camisa, llevaba un pequeño papel en el que había escrito un texto que no debería pasar desapercibido para Melocotón y que, esperaban, renovarían la llama de su amor. Estaba nervioso, no tanto por incurrir en una irregularidad, sino más bien por la novedosa perspectiva de hacer algo por alguien desinteresadamente. ¿Cuánto hacía que no hacía algo así? ¿Lo había hecho alguna vez? ¿Lo había hecho acaso por Oritía? ¿Lo hicieron sus abuelos?

Y así, en el boletín de las diez de la mañana, después de radiar los últimos memorandos gubernamentales y antes de dar paso a la información meteorológica, Gabriel desdobló el papel disimuladamente —más por darle emoción al asunto que por temor a ser vigilado— y leyó:

—En plana económica, el precio del melocotón ha subido. El melocotón es ahora mismo la fruta más preciada del mercado. Compra melocotón, compra melocotón, compra melocotón o te doy un manotón.

Una semana después, Mario se pasó de nuevo por la estación de radio. Gabriel había contactado con él con la excusa de que el inodoro se había embozado. El

locutor lo recibió entusiasmado, esperando noticias sobre una idílica reconciliación propiciada por el poder de su voz a través de las ondas. Pero, en cambio, solo obtuvo indiferencia, casi desprecio. El técnico se encerró en el cuarto de baño y echó mano del desatascador sin mediar palabra. A través de la puerta solo llegaba algún gemido o quizás un impropio entre dientes. Y, finalmente, el sonido de la cisterna.

Cuando salió, Gabriel aguardaba ansioso:

—Bueno, ¿qué? ¿Funcionó o no funcionó? ¿Funcionó?

Mario lo miró con perplejidad, incluso con odio. Algo de dolor también; un patético conjunto de emociones.

—¿Pero qué dices? —respondió, intentando apartarlo de su camino—. Si te rajaste...

—¿Cómo?

—¡Que te cagaste! —gritó entonces—. ¡Ahí estaba yo, como un imbécil, parado con la camioneta en el arcén, escuchando tu puto boletín informativo! ¡Y nada; el puto parte meteorológico y después tu puto bla bla bla y tu musiquita! ¡Aparta de mi camino! ¡Déjame en paz!

Le propició un pequeño empujón, casi inofensivo, pero Gabriel cayó al suelo, aturdido más por sus palabras que por el manotón. Mario recogió las cosas y se marchó dando un portazo tan fuerte que la puerta rebotó y quedó ligeramente entreabierta.

¿Qué estaba pasando?, se preguntaba Gabriel. Y, sobre todo: ¿por qué estaba pasando? Repasó las copias de seguridad de la emisión desde el ordenador central, y, en efecto, el boletín de las 10 de la mañana de hacía una semana no contenía referencia alguna al precio de los melocotones: los últimos memorandos gubernamentales iban seguidos de la habitual información meteorológica. Como siempre. ¿Acaso lo había soñado? ¿Acaso estaba soñando aún? Y en ese caso, ¿desde cuándo?

El pip-pip de la sala de máquinas lo distrajo. Era ese tipo de sonido que siempre está ahí, pero que solo percibes cuando menos lo necesitas. Como ahora.

Pip-pip. Tic-tac.

Atraído por aquella cadencia, repasó todos esos aparatos que, de igual modo, siempre habían estado ahí, trabajando en silencio, haciendo que la cosa funcionara: enlace, transmisor de microondas, codificador RDS, emisor local de emergencia, receptor 16G, *audio delay synchronizer*...

—¿Por qué tenemos un *audio delay synchronizer*? —se preguntó.

Examinó el aparato, lo palpó por delante y por detrás, por arriba y por abajo. Y reparó entonces en un pequeño botón que hasta ahora había pasado desapercibido, sobre el cual se podía leer, no sin cierto esfuerzo, negro sobre negro: *intercom*. Lo pulsó, y, tras unos segundos de ruido blanco, una voz dijo:

—¿Hola?

Era la voz de una mujer. Se llamaba Harmonía, y su trabajo consistía en asegurarse de que Gabriel se ciñera al guión. Día tras día, cada sesenta minutos, corroboraba que las palabras del locutor coincidieran con la escaleta de la que puntualmente le hacían llegar una copia. En toda su vida laboral, nunca había tenido que hacer nada, solo escuchar los boletines informativos y confirmar que Gabriel jamás se desviaba ni una palabra del texto establecido. Nunca hasta ese día, hacía una semana. Las palabras aún resonaban en su cabeza:

—Melocotón, compra melocotón...

Nerviosa, casi histérica, tuvo que echar mano por primera vez de aquel aparato que retrasaba la emisión de la voz de Gabriel al aire. Apenas unos segundos, el tiempo suficiente para cortar el fragmento no autorizado y enmendar el archivo de audio. Ningún oyente notó nada. Sin duda, fue una prueba de fuego que le valió la consideración de sus jefes para un ascenso que nunca llegaría.

Una ventada abrió la puerta principal de la estación de radio, que golpeó sonoramente contra la pared. Era un viento caliente, casi calima; Gabriel lo notó en la cara. La luz del exterior, dorada como la arena de la playa, inundó toda la estancia. Casi no podía respirar y apenas veía. ¿Iba a morir así? Recordó entonces algo que le decía su abuelo cuando repasaban los *libros* de texto, y que hasta ahora había carecido de significado para él:

—Estas *fotos* están mal. La luz del sol no es blanca. La luz es amarilla.

La piel le quemaba, el pecho le ardía.

Avanzó hacia la puerta, confuso o tal vez hipnotizado, mientras de fondo se seguía oyendo la voz de Harmonía:

—¿Hola? ¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

Gabriel dudó en el umbral. ¿Existía esa voz? ¿Existía él?

—¿Hola? ¿Gabriel?

Al fin y al cabo, ¿qué podía saber él de la luz del sol? Solo sabía que había dejado de sentir frío.